

www.elboomeran.com

JUNICHIRO TANIZAKI
SIETE CUENTOS JAPONESES

ATALANTA



La refinada sensualidad, la subversiva idea del deseo, la sutil concepción de la belleza y el permanente contraste entre tradición y modernidad se condensan de forma proverbial en esta selección de relatos. En estos siete cuentos, elegidos entre una vasta producción y ordenados cronológicamente, el lector percibirá la evolución de la narrativa breve de Tanizaki, desde su fascinación inicial por Occidente a la exaltación de los valores de la tradición japonesa.

La diversidad del mundo narrativo de Tanizaki queda reflejada en relatos como «El bufón», un divertido retablo del Japón de los albores del siglo pasado. En «El espía alemán» podemos rastrear la experiencia del propio Junichiro y su encantamiento juvenil con lo extranjero sobre lo japonés. La espiritualidad que ilumina «Los dos novicios» supone un destello casi único entre los cuentos de Tanizaki, que muestra su versatilidad en «En el camino», un relato de corte detectivesco, o regresa a sus obsesiones eróticas en el cuento «Los pies de Fumiko», paradigma de la magistral capacidad del autor para cantar la belleza femenina. El edípico «Nostalgia de mi madre» y el aleccionador vodevil de «Los techos rojos» cierran esta selección, en la que Tanizaki demuestra una vez más por qué es uno de los grandes maestros de la literatura japonesa contemporánea, admirado por figuras como Yukio Mishima o Henry Miller.



ARS BREVIS

ATALANTA

109



JUNICHIRO TANIZAKI
SIETE CUENTOS JAPONESES

TRADUCCIÓN
RYUKICHI TERAŌ

COLABORACIÓN EN
LA TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
EDNODIO QUINTERO



ATALANTA

2017

En contracubierta: Junichiro Tanizaki.
© Keystone Pictures USA / Alamy Stock Photo

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Ryukichi Terao y Ednodio Quintero

© Del prólogo: Ednodio Quintero

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-946136-2-3

Depósito Legal: GI 1879-2016

Índice

Prólogo
Elogio de Tanizaki
9

Siete cuentos japoneses

El bufón
29

El espía alemán
51

Los dos novicios
99

En el camino
131

Los pies de Fumiko
153

Nostalgia de mi madre
189

Los techos rojos
217

Prólogo

Elogio de Tanizaki

I

Junichiro Tanizaki nace el 24 de julio de 1886 en Nihonbashi, un distrito comercial cercano a la bahía de Tokio, dentro de una familia muy tradicional, ligada a las expresiones culturales de su clase, como el teatro, la literatura y el *ukiyo-e* (conjunto de representaciones gráficas, dibujos y grabados de origen japonés que ilustraban escenas de la vida cotidiana, geishas, actores, luchadores de sumo y paisajes; algunas de estas imágenes pertenecían al género del *shunga*, con un alto contenido erótico). Nihonbashi fue durante varios siglos un importante centro del *ukiyo-e*, y de hecho la familia de Tanizaki se relacionaba directamente con esta actividad, ya que poseía una imprenta fundada por el abuelo. Por otro lado, la vida nocturna de este elegante distrito era agitada y bulliciosa. El niño Junichiro creció en un ambiente de prosperidad, consentido por su abuelo, y aprendió los valores de la tradición. Muy pronto se aficionó al teatro, que frecuentaba en compañía de su madre. Y desde muy temprano manifestó su predilección por la literatura, encontrando en su entorno el ambiente propicio

para el desarrollo de su vocación. Luego vinieron malos tiempos para la economía del hogar y la familia Tanizaki tuvo que mudarse a un barrio más modesto.

La ruina familiar obliga a Tanizaki a ocuparse de trabajos menores como empleado de un rico comerciante, lo que le permite financiar sus estudios secundarios, y más tarde incluso se ve en la necesidad de permanecer oculto para huir de sus acreedores. Al mejorar su situación, emprende estudios de literatura japonesa en la prestigiosa Universidad Imperial de Tokio, que después abandona, al negarse, en un acto de rebeldía, a pagar la matrícula. Durante esos años se consagra a la vida bohemia en una ciudad cosmopolita que ofrecía muchas oportunidades de diversión. De esas experiencias en la nocturnidad alegre de Tokio nacen muchos de sus relatos breves, de los cuales «Una flor azul» («*Aoi hana*», 1922) es uno de los más representativos.

Apasionado por la literatura y gran lector, Tanizaki se había familiarizado con la literatura tradicional de su país y con los clásicos chinos, y se mantenía al día de las últimas novedades en Occidente. En 1910, a la edad de veinticuatro años, publica uno de sus mejores cuentos cortos, «El tatuador» («*Shisei*»), en el cual se nota la influencia de Edgar Allan Poe y Oscar Wilde. Este cuento, que me atrevo a calificar de perfecto, llama la atención de críticos y lectores y coloca a Tanizaki en un lugar de prestigio dentro de la moderna literatura japonesa. Un autor tan reconocido como Nagai Kafu saluda la presencia de Tanizaki destacando las cualidades de su prosa y su original estilo. Justamente por esas fechas traduce *El retrato de Dorian Gray*. El tema de la belleza femenina, unido a las preocupaciones éticas y a una suerte de tragedia personal en la cual el elemento masculino se convierte en víctima, son los ejes esenciales que caracterizan sus primeros relatos. Las obsesiones eróticas destructi-

vas, la búsqueda de la belleza en el cuerpo de la mujer y el continuo contraste entre la tradición y la modernidad, en un país permeable y al mismo tiempo reacio a los cambios, marcarán la obra de Tanizaki hasta el final de sus días. Es curioso que luego de haber publicado, con un éxito que se podría calificar de estruendoso, «El tatuador», un cuento típicamente a lo Poe, Tanizaki no continúe utilizando estos modelos y recursos de la literatura occidental, en los cuales la brevedad, la tensión, un lenguaje directo y eficiente y la ineludible sorpresa final forman parte de la rígida estrategia narrativa. A diferencia de su contemporáneo Ryunosuke Akutagawa, que permanece fiel a las formas breves y a las técnicas narrativas adquiridas de Occidente, Tanizaki deriva hacia una escritura desbordada que, de no mediar grandes diferencias culturales, cabría considerar como barroca.

Sin embargo, lo que caracteriza la obra de Tanizaki, vista en su conjunto a lo largo de los cincuenta años en que no cesó de escribir, es la versatilidad de estilos y recursos literarios, que experimentó con notable éxito, y la inmensa variedad de temas y motivos de sus novelas, relatos y ensayos. Como es tradicional en la literatura japonesa, los escritores rastrean sus temas en las épocas más remotas y se inspiran en su riquísima historia, y Tanizaki no podía ser la excepción. Sus fuentes se remontan al esplendoroso y decadente período Heian (794-1185), pasan por el período Muromachi (1392-1568), se detienen en las guerras Sengoku del siglo XVI y llegan a la época Meiji (1868-1912). No obstante, la mayor y más significativa inspiración de sus geniales producciones proviene de sus propias experiencias y de su agudo sentido de observación de la conducta, a menudo sediciosa, de sus contemporáneos. La prosa de Tanizaki es reiterativa y analítica, pues en el análisis no quiere dejar ningún cabo suelto y en la reiteración tiene como meta la

claridad. Por otra parte, cada relato de Tanizaki se convierte en una profunda indagación de los motivos que mueven la psique humana.

En la prodigiosa carrera literaria de Junichiro Tanizaki podemos distinguir tres etapas muy diferentes, unidas sin embargo por la voracidad productiva y la acendrada vocación de un artista que encontró en la escritura su lugar en el mundo y un espectacular modo de expresión. La primera etapa se extiende desde 1910, con la publicación de «El tatuador», hasta 1926, con la mudanza del autor de la cosmopolita Tokio y la elegante y occidentalizada Yokohama a la tradicional región de Kansai: Kioto, Osaka y Kobe. Esta etapa se caracteriza por la fascinación de Tanizaki hacia los valores de la cultura occidental, admiración que se nos antoja desmedida, pues no se limitaba a la adopción de técnicas narrativas sino que abarcaba incluso los modos de vida. Las mujeres extranjeras, en particular las rusas que ejercían la prostitución de lujo en los sofisticados barrios de Yokohama, eran vistas por un joven Tanizaki como auténticas diosas. El mismo Tanizaki se jactaba de andar vestido a la occidental, soportando todo el día unos insufribles zapatos, a contracorriente de la comodidad representada por el calzado japonés. Bastan estos dos ejemplos para ilustrar el tema de la fascinación por Occidente de nuestro autor; no obstante, su indiscutible maestría se impone a sus motivos extraliterarios, pues estamos frente a un artista excepcional. Citemos algunos de los relatos más representativos de esta etapa: «Jotaro, el masoquista» («*Jotaro*», 1914), «El odio» («*Zonen*», 1914), «Tristeza de hereje» («*Itansha no kanasimi*», 1917), «Historia de la mujer convertida en mono» («*Ningen ga saru ni natta hanashi*», 1918) y la totalidad de los incluidos en la presente antología, a los cuales nos referiremos en detalle en la segunda parte del prólogo. Habrá que destacar

que la inmensa mayoría de la producción de relatos breves de Tanizaki se concentra en su primera etapa, aun cuando continuó escribiendo cuentos hasta el final de su vida, como «Sueños de bióxido de manganeso» («*Kasanka mangansui no yume*», 1955), una inteligente y erudita incursión en el mundo del cine.

Para los estudiosos de la vida y la obra de Junichiro Tanizaki resulta curioso y aleccionador observar el espectacular giro dialéctico y conceptual, propio de un consumado acróbata, que logra imprimir a sus escritos posteriores a 1926. De la fascinación por lo occidental salta al extremo de la exaltación de lo nacional, abrevando en su rica tradición y convirtiéndose en un crítico acérrimo de la admiración que sienten los japoneses por los valores recién llegados de Occidente: modas, vestidos, peinados, gastronomía, expresiones idiomáticas y la concepción misma de la belleza. Durante esos años Tanizaki escribe numerosos relatos, ensayos y novelas en los que predominan los temas relacionados con la sensualidad, la búsqueda de la belleza y las costumbres de una sociedad refinada y cosmopolita. Algunos son directamente escabrosos, y van desde el fetichismo —en particular el fetichismo del pie, que de hecho recorre toda su obra— hasta cierto animalismo e incluso la necrofilia con un toque de gourmet. E incursiona de manera magistral en los temas históricos, en algunos casos ciñéndose a la documentación de los hechos y en otros dando rienda suelta a su prodigiosa imaginación. Y siempre cuidando su refinado estilo. En este punto tal vez se pueda aplicar la opinión, al parecer superficial, de Yukio Mishima cuando dijo que «la literatura de Junichiro Tanizaki es, ante todo, deliciosa como la cocina francesa o la china».

El terremoto que devasta Tokio y Yokohama en 1923 tiene una influencia determinante en la vida y en la obra

posterior de Junichiro Tanizaki. A raíz del sismo, Tanizaki, que habitaba la zona más elegante de Yokohama, poblada en su mayor parte por extranjeros, toma la decisión de mudarse a la región de Kansai, como señalamos antes, donde, a diferencia de la moderna y destruida Tokio, se conservan los más rancios valores de la tradición japonesa. Allí se establece y cambia radicalmente su forma de escribir, como si hubiera experimentado una repentina revelación que lo lleva a sufrir una mudanza en su visión del mundo. Desde su nueva residencia comienza la etapa más intensa y prolífica de su carrera literaria.

La novela que marca la transición entre las dos primeras etapas de la obra de Tanizaki es *Naomi* (*Chijin no ai*, 1926), el retrato magistral, preciso y lleno de humor de Joji, un ingeniero de mediana edad enamorado locamente de una jovencísima mujer fatal, obsesionada por los signos más banales de la cultura occidental. No sería arriesgado decir que *Naomi* es un ilustre antecedente de la inolvidable *Lolita* de Nabókov. Luego sigue la extraordinaria *Hay quien prefiere las ortigas* (*Tade kuu mushi*, 1929), a mi juicio la mejor novela del autor, que plantea de manera sutil y con los más refinados recursos de estilo, dentro de una contenida tragedia familiar con leves toques de comedia —la absurda postergación de un divorcio, que en mi ensayo *Tanizaki, el paradigma* calificué de «divorcio a la japonesa»—, los conflictos de una sociedad en vías de transformación. Inspirado en el dialecto de Kansai, Tanizaki publica en 1931 *Manji* —卍— (literalmente *Svástica*, que en japonés es un símbolo budista muy antiguo, además de ilustrar gráficamente el caos implícito en las relaciones de los cuatro protagonistas de la obra), donde explora a fondo el tema del lesbianismo y las relaciones bisexuales. Resulta sorprendente que *Manji* se adelante

a la famosa tetralogía *El cuarteto de Alejandría* (1957-1960) de Lawrence Durrell, ya que los episodios son revisados desde diferentes puntos de vista en una serie de vueltas y revueltas un tanto rocambolescas. En 1933 Tanizaki sorprende al estamento cultural de su país con el exquisito y fundamental ensayo *El elogio de la sombra* (*In'ei raisan*), una visión del ser esencialmente japonés en todas sus dimensiones. Mediante un lenguaje terso, sugerente, encantador y de alto vuelo poético, el autor se adentra en los diversos aspectos que definen los usos y costumbres de la refinada cultura de su país.

Dentro de su inmersión en la tradición y en la historia de Japón, Tanizaki escribe novelas inspiradas en algún hecho histórico extraño o relevante, transformadas en verdaderas obras de arte por medio de las habilidades estéticas del autor. Tal es el caso de *El cuento de un hombre ciego* (*Mamoku monogatari*, 1931), ubicado en las guerras Sengoku del siglo XVI, cuyo narrador es un masajista ciego que atiende a una dama de la nobleza, Oichi, hermana del famoso guerrero Oda Nobunaga. Uno de los personajes más relevantes de esta historia, Toyotomi Hideyoshi, sucesor de Nobunaga, es caracterizado con maestría y precisión. Por su parte, Oichi representa el coraje y la determinación de lo femenino. Al leer esta estupenda narración, entrecruzada de episodios dramáticos y sangrientos, me parecía estar viendo alguna de las películas históricas de Akira Kurosawa. En la misma línea, *La historia secreta del señor de Musashi* (*Bushuko hiwa*, 1935), ambientada a comienzos del siglo XVII, justo al final de las guerras Sengoku, es una narración bizarra que mezcla la venganza de una dama de la nobleza con el acicalamiento de las cabezas recién cortadas, una confusa historia de amor juvenil con las costumbres escatológicas de la época (retomadas años más tarde en *La madre del*

capitán Shigemoto), que habrían hecho palidecer de envidia al marqués de Sade. En esta novela, Tanizaki despliega sus mejores dotes de narrador, enriqueciendo las anécdotas con conjeturas de su propia invención. Son varias las obras de carácter histórico que Tanizaki escribe en esta etapa tan prolífica, destacándose *El cortador de cañas* (*Ashikari*, 1932), una preciosa historia de amor y fidelidad en la era Meiji, con reminiscencias de épocas más antiguas, y la impresionante *Retrato de Shunkin* (*Shunkinsho*, 1933), sobre el acompañante de una joven música ciega que llega a extremos increíbles para satisfacer a su amada. Un infatigable Tanizaki escribe varios ensayos y dedica entre seis y ocho años de su vida a la cuidadosa versión en japonés moderno de la monumental novela de Murasaki Shikibu *La historia de Genji* (*Genji monogatari*), que data de la primera década del siglo XI y que ha sido considerada por unanimidad como la obra cumbre de la literatura japonesa. Habrá que recordar que desde 1936 imperaba en Japón una dictadura militar de corte nacionalista, circunstancia que llevó al país a participar en la Segunda Guerra Mundial. Así, la traducción de Tanizaki, publicada entre 1939 y 1941, fue mutilada por la censura, excluyendo capítulos como el que narra las relaciones adúlteras del príncipe Genji con su madrastra, la favorita del emperador. Después de la guerra, la obra fue publicada en su totalidad. Influenciado en cierto modo por aquella colosal traducción, Tanizaki escribe su novela más extensa y ambiciosa, y, a juicio de algunos críticos, la mejor: *Las hermanas Makioka* (*Sasameyuki*, 1948), un dilatado fresco, a la manera de las grandes novelas rusas del siglo XIX, centrado en los preparativos del matrimonio de una de las cuatro hermanas Makioka, y que explora con exquisito gusto –no exento de nostalgia por un tiempo perdido–, y de una forma por demás morosa y detallada, los

usos y costumbres de la sociedad japonesa de la década de los treinta. Como era de esperar, la publicación de la novela no fue autorizada por la censura militar, y aunque circuló en algunas pocas copias clandestinas, Tanizaki hubo de aguardar hasta 1948 para que apareciera su primera edición, que cosechó un éxito rotundo.

A pesar de que algunos críticos y estudiosos de la obra de Tanizaki no lo consideran así, estimo que existe una tercera etapa bien diferenciada en el trayecto de este grandísimo escritor. Ya en su madurez, como si se ubicara más allá del bien y del mal, Tanizaki abandona su temática tradicionalista y se inclina por tramas de un erotismo refinado y decadente, ajenas por completo a las clásicas preocupaciones de sus colegas escritores, es decir, a los contrastes entre tradición y modernidad. En *La madre del capitán Shigemoto* (*Shōshō Shigemoto no haha*, 1949), basada en datos históricos del siglo x, en plena época Heian, cuando el refinamiento cortesano alcanzó visos de decadencia, se cuenta una historia muy curiosa que ilustra los vicios nada ocultos y el cinismo de ciertos personajes amparados en los privilegios del poder, al tiempo que se va tejiendo la edípica obsesión de un niño por su madre, una joven de una belleza extraordinaria. Tanizaki recrea a su particular manera algunos episodios hilarantes, como el del capitán Shigemoto, un antiguo donjuán en el ocaso de su lujuriosa existencia, enamorado de una bella joven, traviesa y presumida, que lo ha rechazado en diversas ocasiones. Shigemoto llega al extremo de probar las deposiciones y orines de su amada en un intento por librarse de su hechizo. *La llave* (*Kagi*, 1956), construida mediante el recurso de dos diarios paralelos llevados por una pareja de mediana edad que intenta recuperar la sexualidad perdida, se convierte en la puesta en escena de las pasiones más elementales y salvajes

que motivan los sentimientos humanos. La historia, que tiene un final previsiblemente trágico, podría considerarse como un catálogo de perversiones domésticas. Como dato curioso, recordemos que con el título de *La chiave* el cineasta italiano Tinto Brass realizó en 1983 una divertida versión porno de esta novela, protagonizada por una sensual Stefania Sandrelli. Casi al final de su vida, Tanizaki, que nunca cesó de escribir, nos sorprende de nuevo con *Diario de un viejo loco* (*Futen rojin nikki*, 1962), que tal vez represente su testamento literario. Un anciano rico se enamora locamente de su nuera, una chica avispada y casquivana que le sigue la corriente, aprovechándose de sus regalos extravagantes para llevar una vida de lujo, y ofreciéndole a su vez algunas satisfacciones mínimas y mezquinas, de índole fetichista, que mantienen al anciano en un estado de permanente excitación. Tanizaki, fiel a sus obsesiones o a los caprichos de sus personajes, muy en particular al fetichismo del pie –manifestado explícitamente desde «El tatuador» y que también aparece en el magnífico relato «Los pies de Fumiko», incluido en la presente antología–, culmina *Diario de un viejo loco* con un audaz e insospechado giro: el anciano protagonista, ante la cercanía de su muerte, manda grabar en su lápida funeraria la huella del pie de su anhelada nuera.

La vasta obra de Tanizaki revela las múltiples facetas de una cultura con valores propios y enraizada en siglos de tradición, que intenta sobrevivir a la avalancha tentadora de nuevas ofertas, adoptando las más convenientes y reivindicando sus logros más valiosos, aquellos que la definen como una cultura única, refinada y auténtica. Tanizaki representa, como ningún otro artista de su tiempo, el espíritu y la esencia de Japón.

Junichiro Tanizaki gozó en vida de una fama muy merecida y recibió las más altas distinciones en su país y en

el extranjero. En 1949 se le concede el Premio Imperial, el máximo reconocimiento que se otorga en Japón a un artista. Fue elogiado por escritores como Henry Miller y John Updike, y a principios de los sesenta su nombre sonó en varias ocasiones como un sólido candidato al premio Nobel. Un crítico tan exigente como Donald Keene, probablemente el mayor especialista extranjero en literatura japonesa, escribió en 1953 que era el mejor novelista moderno de Japón. Las novelas y relatos de Tanizaki han sido traducidos a todos los idiomas modernos. En Francia, donde lo han adoptado casi como propio, la famosa colección La Pléiade de la editorial Gallimard publicó en 1959, en dos tomos, gran parte de la obra de Tanizaki. Aunque nunca visitó Occidente y apenas hizo un par de viajes a China en 1916 y 1926, en Estados Unidos se le tuvo en alta estima, hasta el punto de haber sido incorporado en 1964 al Instituto Nacional de las Artes y las Letras, es decir, a la Academia Americana, siendo el primer escritor japonés en obtener tal reconocimiento.

Un capítulo aparte merecería su intensa relación con el cine, pues Tanizaki escribió textos teóricos concernientes a las técnicas cinematográficas, reseñas críticas sobre películas y relatos acerca del séptimo arte, como el citado «Sueños de bióxido de manganeso» y «La historia del señor Colina Azul» («*Aosuka-shi no hanashi*», 1926). Por otra parte, sus novelas y relatos han sido profusamente adaptados al cine; entre ellos, «*Shisei*» al menos en siete ocasiones y *Manji* en cuatro. Es probable que la cifra de adaptaciones hasta el presente se acerque al centenar.

Hasta hace pocos años las traducciones de Tanizaki al español eran escasas, y en su mayor parte no eran directas, sino del inglés y el francés. Ahora, sin embargo, nos encontramos frente a un fenómeno que me atrevería a calificar de espectacular: en diversas editoriales de España

y de varios países de Hispanoamérica se ha producido una avalancha de traducciones, muchas de ellas repetidas, lo que contribuirá en conjunto a un mejor conocimiento de uno de los escritores emblemáticos del siglo xx, no sólo de su país sino del mundo entero.

Junichiro Tanizaki (Tokio, 1886-Yugawara, 1965) nació en una próspera familia de comerciantes, pero en 1894 llegarían la ruina, las deudas y una serie de humillaciones que marcarían al joven Junichiro y, con ello, la psicología de sus futuros personajes. De precoz vocación literaria y avida lectora, estudió literatura japonesa en la Universidad Imperial de Tokio y se interesó por las letras occidentales. La temprana influencia de autores como Poe y Wilde se revela en cuentos como «El tatuador», de 1910, cuando empezó a escribir artículos periodísticos y piezas breves de narrativa, poesía, teatro y ensayo.

La primera etapa literaria de Tanizaki muestra esa fascinación por un Occidente al que no viajó nunca, pero desde 1926 y en su madurez regresaría a los temas y motivos del Japón tradicional: en 1933 publica su célebre ensayo *El elogio de la sombra* y en 1949 recibe el Premio Imperial de Literatura por *La madre del capitán Shigemoto*. Su obra *La llave*, una trasgresora correspondencia erótica, desató la polémica en 1956, y en 1964 fue el primer japonés en ser elegido miembro honorario de la *American Academy of Arts and Letters*, lo que confirmó a Tanizaki como puente literario y artístico fundamental del siglo xx entre Oriente y Occidente.

Ars brevis



www.atalantaweb.com

